Un encuentro

Francis Levy

◆◆◆

Hacia adelante, la silueta esbelta del camino se extendía. Hacia atrás, un kilómetro de humo se restaba a la distancia. Ocho pasajeros eran suficientes para que en el compartimiento del vagón se respirara pesado y las miradas se cruzaran sin verse. Una mujer sudaba su boleto en la mano al mismo tiempo que probaba paciencia con las preguntas de su hijo.

El ritmo de los durmientes se acompañaba del vibrar de las maletas, que a ratos amenazaban con caer en la cabeza de algún distraído. Dos veces había entrado el encargado de los boletos, haciendo agujeritos en cuanto papel veía, y la tercera anunció la estación próxima.

El joven de la ventana despegó la frente del vidrio y volteó para dar un vistazo a los pasajeros. Venía absorto en sus recuerdos, invocados por el pasar del camino, y no había tenido tiempo de observar a sus acompañantes. Recorrió con los ojos el apartado de derecha a izquierda. Un hombre y una mujer extranjeros miraban un mapa y no decidían ni dónde estaban ni a dónde iban. Junto a la puerta corrediza, un señor, probablemente jubilado, había terminado de leer el periódico, y ahora lo usaba como almohada y cubre cara. Enfrente, la mujer discutía con su niño sobre los días que se quedaría sin postre por tanto preguntar cuánto faltaba para llegar a casa. Al lado se encontraba parado por el aviso del boletero, un hombre de negocios que, apurado, consultaba su reloj y pedía permiso para salir mientras tomaba su portafolios del maletero. El tren se detuvo, al mismo tiempo que el joven miraba al frente para terminar su reconocimiento, encontrando los ojos curiosos de una muchacha, con su cabeza recargada en la ventana, clavados en los suyos.

Cuando el tren prosiguió su marcha, los dos jóvenes seguían mirándose, sin decir palabra, absortos el uno en el otro. El empleado del tren entró al apartado, realizó su rutina y salió. La mujer y su hijo fueron al servicio. Los extranjeros hicieron las paces con el mapa. El señor jubilado despertó y comenzó el crucigrama del diario, que no dejó hasta bajar en la estación siguiente.

El joven recargó su cabeza en el vidrio. La muchacha suspiró. No sabían hacia donde mirar. Él trató de reanudar su confidencia con la ventana, pero la nueva presencia ofrecía más a su imaginación que cualquier recuerdo borroso. Ella apretaba los labios y cerraba los ojos. Sus párpados latían, sentía su respiración a contratiempo con los durmientes. El encuentro imprevisto había roto la indiferencia, e iniciado un juego veloz de pensamientos fantasiosos, dentro de un vagón de tren, cuyo destino era lo menos que les importaba ahora.

Nunca advirtieron la parada donde, lleno de algarabía, el pequeño mozalbete descendió del vagón al lado de su madre, gritando hurras por la llegada a casa. Ni la cara de desesperación del boletero, al tratar de explicarle a los atolondrados extranjeros que la siguiente estación era donde debían bajarse. Tampoco vieron por la ventana los dorados rayos del sol que jugaban con los árboles y entraban al compartimiento, emisarios de la tarde.

Al sonido del silbato, los dos muchachos quedaron solos, a merced de ambos, sin conocerse, pero habiéndose ya pensado y soñado, sin sentirse ni hablarse, separados no por la displicencia sino por el preámbulo de algo que temían y deseaban a la vez. Se encontraban casi rodilla con rodilla. Mil palabras batallaban por salir de la boca de él. La joven sentía abalanzarse y tocar su hombro, mas la indecisión le ganaba.

Afuera, los pájaros despedían al sol, cantándole al compás del viento oxidado. Las ruedas del vagón les frotaban los años a los viejos rieles. Un haz de luz envolvió a los jóvenes. Sus pupilas destellaron hasta apagarse por los párpados. Los dos se inquietaron ante la señal. Con un gesto expresivo, él se inclinó hacia la muchacha, mientras ella tomaba aire para articular una palabra.

Se estremecieron por un vacío ciego, sin dimensión ni forma. Fue un negro estallido que se tragó en el camino el aliento de los dos. Fue una explosión que calló de golpe a las aves, las ruedas y las vías, y que apagó a la tarde frondosa, con sus colores y aromas. Quedaron rodeados por un silencio hermético. Les envolvía un miedo que adelgazaba su piel. El estiró las manos adentrándolas al infinito, buscando las palabras ahogadas. El cuerpo de ella se sacudió al percibir con las yemas de sus dedos la conversación desnuda que narraba un encuentro. Juntos abandonaron aquel pedazo de tren para recorrerse en siluetas, iluminándolas con el tacto. Se contaron secretos. Compartieron carcajadas y sollozos. Visitaron escenas del pasado, algunas olvidadas, otras añoradas. Ya no se sentían ajenos, más bien complementarios, correspondidos.

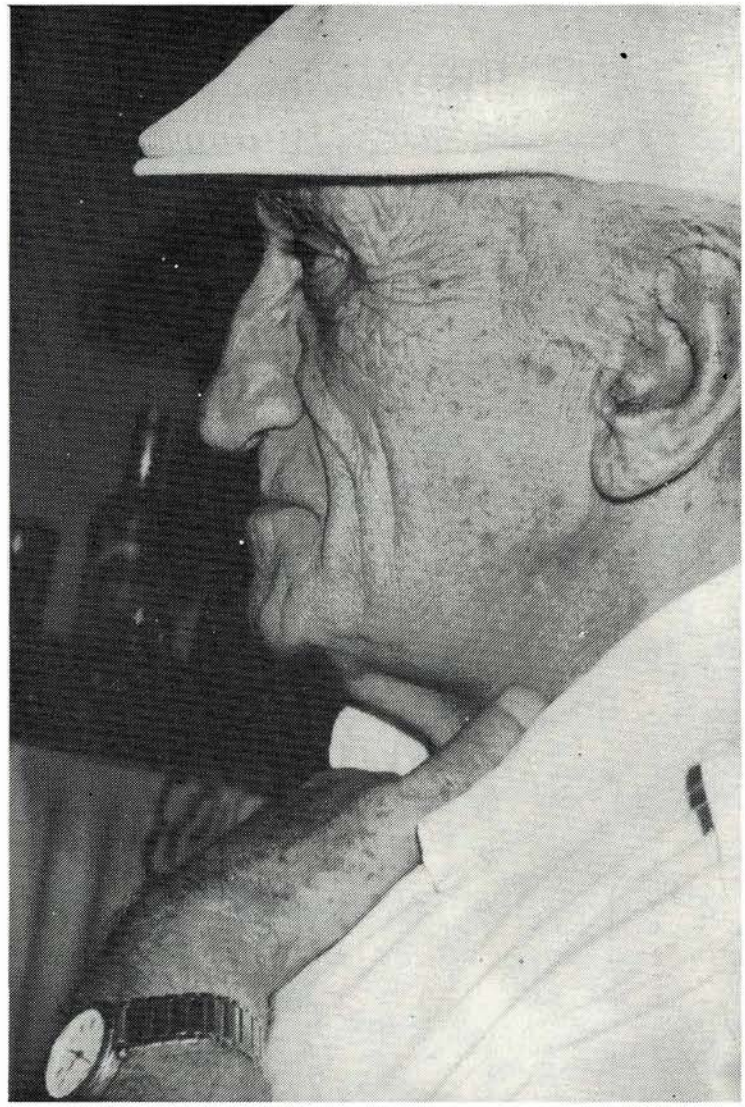
El tamaño del túnel no les dejó continuar. La luz les despojó la intimidad. Volvieron los sonidos del ocaso. Se vieron irreme-

diablemente separados por la realidad. El mundo que ambos habían descubierto quedaba atrás, en las entrañas de la oscuridad. Un rumor cobrizo los acompañó en su nueva soledad. Las percusiones metálicas del tren disminuyeron su ritmo entre vapores y silbidos que anunciaban la próxima parada.

Ventana tras ventana, bajo el sonoro techo de la estación, el tren se despedía. En el corredor lleno de adioses y miradas tristes, un joven recorría con la mirada el éxodo del gran viajero. Su pensamiento intermitente erraba entre vagón y vagón. El tren terminó de irse, al mismo tiempo que el joven miraba al frente, sorteando el gran foso que indicaba el principio del camino, encontrándose con una muchacha cuyos ojos estaban clavados en los suyos.◆



Gonzalo Villa Chávez



Gonzalo es el amigo que tiene la palabra oportuna para hacernos sonreír, la anécdota atinada que nos disipa el mal humor, es la persona que está cuando la necesitas.

Este hombre extraordinario es famoso por sus restauraciones arquitectónicas, su rigor profesional va de la mano con su vocación de servicio: lo mismo como docente que como arquitecto, igual su trato amable con artistas e intelectuales que con las personas más sencillas, para todos hay sonrisas y tiempo, asesoría y paciencia.

Como artista tiene una bien cimentada fama de acuarelista; con los colegas, alumnos y amigos de excelente conversador, con su voz quedita ilumina cualquier reunión.

Lector inteligente de literatura, sociología, política, filosofía y demás ciencias del hombre, universitario en toda su extensión, nació en Jalisco pero adoptó a Colima para compartir su experiencia de hombre sabio, de hombre bueno.

Este brevísimo bosquejo de ***GénEros*** va entrañable y cálido para el amigo generoso y colaborador entusiasta que apoya nuestra voz, nuestros derechos, nuestras luchas y nuestra permanente búsqueda por un mundo democrático para hombres y mujeres.◆


G. V. Ch.